# Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973

## Presencia soviética en Cuba y Chile

Rafael Pedemonte

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

**Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973**
Presencia soviética en Cuba y Chile

Rafael Pedemonte

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición septiembre 2020

**Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.**

Registro de propiedad intelectual Nº 6084

ISBN libro impreso: 978-956-357-258-2
ISBN libro digital: 978-956-357-259-9

Coordinador colección Historia
Daniel Palma Alvarado

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y diagramación interior
Francisca Toral

Imagen de portada: Alamy: El líder soviético Nikita Khrushchev junto al líder cubano Fidel Castro en Moscú, Rusia.

MIEMBRO DE LA RED DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DE AUSJAL
AUSJAL
www.ausjal.org

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

# ÍNDICE

*Agradecimientos*
9

Introducción
Cultura y América Latina: nuevos paradigmas para un análisis descentrado de la Guerra Fría
13

Capítulo I
América Latina ingresa en la Guerra Fría
27

Capítulo II
Los nuevos socios latinoamericanos de la URSS: una primera etapa de acercamiento con Cuba y Chile
49

Capítulo III
Un difícil camino hacia el fortalecimiento de las relaciones entre aliados ideológicos (1966-1973)
115

Capítulo IV
El "dispositivo del acercamiento": una vasta red institucional para las relaciones culturales
187

Capítulo V
Taladrando la "cortina de hierro": una acelerada evolución de los desplazamientos humanos
233

Capítulo VI
Los intercambios artísticos:
recepción y distribución de productos culturales en
tiempos del acercamiento URSS-América Latina
295

Capítulo VII
Cultura e imaginarios:
representaciones sociales en América Latina en torno
a lo soviético
337

Conclusión
Hacia una historia global y conectada
de la Guerra Fría latinoamericana
395

Bibliografía
409

# Introducción

## Cultura y América Latina: nuevos paradigmas para un análisis descentrado de la Guerra Fría

La caída de la Unión Soviética (URSS) a finales de 1991 produjo una ruptura en la manera de abordar el estudio de las relaciones internacionales, renovando significativamente las perspectivas académicas hasta entonces dominantes. Una nueva camada de jóvenes investigadores, menos enfrascados en las antiguas rivalidades ideológicas, se propusieron superar las viejas nociones y subrayar aspectos novedosos –tales como el rol de la cultura– para así brindar una visión más compleja de las prioridades de los Estados en conflicto. De esta manera, la confrontación Este-Oeste empezó a ser aprehendida como un fenómeno singular; como una "batalla" en la que la lucha por las ideas de los individuos muchas veces desplazaba la voluntad de superioridad territorial o de enfrentamiento militar. Pero si bien los estudios que encumbran a las interacciones culturales como ejes claves de la Guerra Fría han sido fecundos en la historiografía anglosajona, la perspectiva soviética del asunto aún se encuentra en fase incipiente.

La apertura de los archivos rusos no ha desencadenado todavía una renovación decisiva concerniente a la presencia de la URSS en el llamado "Tercer Mundo". Los rescoldos de las carencias analíticas propias de la era soviética, cuando los especialistas debían proceder en función de imperativos ideológicos y en base a un conjunto documental deliberadamente limitado[1], parecen persistir en nuestros

[1] Rudolf Pikhoia, "Certain Aspects of the 'Historiographical Crisis', or the 'Unpredictability' of the Past", en *Russian Studies in History*, vol. 40, núm. 2, 2001, p. 14. La traducción de las citas textuales provenientes de textos o documentos redactados en un idioma distinto al español me pertenecen.

días[2]. Este estado de cosas es particularmente palmario respecto a las relaciones anudadas entre Moscú y los Estados de Asia, África y de América Latina, un continente, este último, que ingresó tardíamente en la lista de preocupaciones prioritarias del Kremlin. Para capturar el contexto de un conflicto atípico, en el que la necesidad de "convertir" ideológicamente a los habitantes del planeta constituía un desafío capital para las superpotencias (Estados Unidos y la URSS), sería deseable adentrarse en una serie de especificidades tradicionalmente opacadas por los momentos más espectaculares de la Guerra Fría latinoamericana. Los esfuerzos recientes no han sido capaces de modificar de manera sustancial las miradas preponderantes relativas a los nexos soviético-latinoamericanos, un objeto de estudio que permanece anclado a las ópticas parciales y a menudo estereotipadas de la segunda mitad del siglo XX.

Por una parte, al interrogarnos sobre la dimensión y el alcance de la presencia soviética en América Latina buscaremos evaluar el papel del "Sur"[3] en la articulación global de la Guerra Fría. Por otra, al desplazar nuestra atención desde la esfera geopolítica al ámbito de la cultura y de las representaciones sociales, reivindicaremos la relevancia de ciertas formas subterráneas de influencia hasta ahora poco exploradas. Debemos, no obstante, ser justos y destacar que no hemos iniciado esta aventura desde un terreno desierto. Algunas obras de calidad incuestionable ya han señalado la importancia ideológica de los intercambios artísticos, mientras que otras contribuciones han abordado con destreza la implicancia universal de las transformaciones en el llamado "Tercer Mundo". Sin embargo, los

[2] Irène Herrmann, "Une vision de vaincus? La guerre froide dans l'historiographie russe aujourd'hui", en Antoine Fleury y Lubor Jílek (eds.), *Une Europe malgré tout: 1945-1990. Contacts et réseaux culturels, intellectuels et scientifiques entre Européens dans la guerre froide*, Bruselas, Peter Lang, 2009, p. 453.

[3] Sobre la pertinencia del concepto "Sur" para caracterizar aquellas regiones que tradicionalmente han sido integradas en la noción de "Tercer Mundo", véase Richard Saull, "El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico", en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México D. F., Porrúa, 2004, pp. 31-66.

enfoques destinados a aplicar una dimensión cultural al estudio de las zonas "periféricas" siguen siendo prácticamente inexistentes. El presente trabajo ha sido concebido como un esfuerzo por conjugar ambas tendencias que, si bien han engendrado paralelamente fructuosos resultados, parecen haber evolucionado por vías paralelas.

## ¿Por qué la cultura?

Resulta indispensable precisar lo que entendemos por el concepto de "cultura" en el marco de la Guerra Fría, un término ya utilizado para analizar las relaciones internacionales, pero paradójicamente escasamente definido por los especialistas[4]. Dos acepciones diferentes, pero complementarias, han sido privilegiadas en este libro. La primera, de menor implicancia semántica, asocia la cultura a un abanico de producciones humanas susceptibles de adquirir una significación política. Una obra literaria, un filme, un cuadro, un descubrimiento tecnológico o una fotografía son todas manifestaciones individuales o colectivas que pueden ser eventualmente despachadas más allá de las fronteras nacionales con el objeto de generar un efecto sobre las sociedades receptoras, transformándose en un "arma" para propagar imágenes idealizadas del ente emisor. De más está decir que durante la Guerra Fría esta técnica de diplomacia cultural[5] fue ampliamente adoptada para intentar ejercer un impacto en la opinión pública internacional y así apuntalar a los ojos del mundo un determinado modelo político y social[6].

[4] Volker Depkat, "Cultural Approaches to International Relations: A Challenge?", en Jessica Gienow-Hecht y Frank Schumacher (eds.), *Culture and International History*, Nueva York, Berghahn Books, 2003, p. 178.

[5] La diplomacia cultural puede ser definida como el conjunto de los esfuerzos oficiales destinados a dotar las manifestaciones culturales de un contenido ideológico en aras de satisfacer objetivos geoestratégicos. Véase Tony Shaw, "The Politics of Cold War Culture", en *Journal of Cold War Studies*, vol. 3, núm. 3, 2001, p. 59.

[6] Georges-Henri Soutou, "Conclusion", en Jean-François Sirinelli y Georges-Henri Soutou (eds.), *Culture et Guerre froide*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2008, p. 303.

La segunda definición aquí propuesta excede con creces el ámbito de las acciones institucionales para sumergirse en las reacciones psicológicas de los individuos. Aquí planteamos una concepción de la cultura entendida como un sistema de valores compartido por un grupo humano específico. Se trata de una miríada de referentes comunes (un gesto, una palabra, una imagen) asimilados por una comunidad que luego desarrolla una visión respecto al mundo que la rodea. Este receptáculo de referentes guía los imaginarios colectivos, convirtiendo las estructuras mentales preponderantes de una población en representaciones colectivas[7]. Pero, al ser creaciones humanas insertas en el tiempo, las culturas entendidas como tales no pueden ser ni estáticas ni uniformes[8], sino que emergen en el seno de sociedades que evolucionan en función de las condiciones contextuales y geográficas. Así, los imaginarios sociales en relación a una alteridad (en nuestro caso, las miradas de las comunidades latinoamericanas sobre la realidad de la URSS) pueden transformarse, a veces de manera brusca, ante los vaivenes de la progresión histórica. Aquellos sistemas de representaciones sociales son el fundamento esencial de la historia cultural, concebida en estas páginas como la interpretación de la "gestación, expresión y transmisión" de imaginarios en el seno de un grupo humano con contornos específicos[9]. La construcción de estos referentes posee un poderoso impacto social, ya que estos terminan por transformarse en el vehículo que estructura las actitudes y comportamientos colectivos en relación a una "otredad"[10]. Para afinar nuestra segunda definición de cultura, conviene hacer alusión al antropólogo Clifford Geertz, quien sostiene que la vida humana se encuentra incrustada en

[7] Marcel Danesi y Paul Perron, *Analyzing Cultures: An Introduction & Handbook*, Bloomington, Indiana University Press, 1999, pp. 14, 23, 44-47, 67-68.
[8] Alfred Kroeber y Clyde Kluckhohn, *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*, Cambridge, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, 1952, p. 159.
[9] Jean-François Sirinelli y Éric Vigne, "Introduction: Des cultures politiques", en Jean-François Sirinelli (ed.), *Histoire des droites en France*, París, Gallimard, 1992, vol. 2: "Cultures", p. III.
[10] Michel Vovelle, "Des mentalités aux représentations: entretien avec Michel Vovelle", en *Sociétés & Représentations*, núm. 12, 2001-2002, p. 21.

"estructuras significantes", las cuales forman un "tejido simbólico" (una cultura), que puede y debe ser interpretada[11].

En cuanto a las implicaciones prácticas de esta definición para nuestro trabajo, las particularidades de las relaciones internacionales en un contexto de acentuada hostilidad política forjan percepciones comunitarias respecto a los enemigos o aliados ideológicos. Nuestra voluntad de colocar el acento en los sistemas de representación debiera conducirnos a relativizar las visiones centradas en el poder del Estado, para así desplazar nuestra atención hacia las orientaciones subjetivas que hilvanan las acciones humanas. Pero nuestra perspectiva no pretende desatender la acción de las autoridades de cada país, ellas mismas influenciadas por aquellos "sistemas de significación"; por la cultura[12]. Bajo esta óptica, debemos considerar las operaciones diplomáticas como fenómenos que también se tejen en función de las inclinaciones identitarias e imágenes dominantes relativas a lo foráneo. En pocas palabras, si integramos esta segunda conceptualización de cultura, nuestro análisis de las relaciones transnacionales tendrá que necesariamente ser enriquecido mediante una reflexión sobre las afinidades sociales, representaciones colectivas y reacciones emocionales de los diferentes grupos humanos.

Ambas definiciones son complementarias. Los objetos susceptibles de adquirir una connotación ideológica y la configuración de sistemas de representación se condicionan mutuamente: en efecto, mientras que la difusión de producciones culturales afecta la construcción de imaginarios en torno al país emisor, las percepciones de lo extranjero determinan asimismo el contenido del mensaje que se desea transmitir. Por ende, la diplomacia cultural se erige ineluctablemente sobre la base de estereotipos –de representaciones– en torno a una realidad supuesta, la que se acopla a las naciones receptoras. Son

[11] Clifford Geertz, "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", en Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Nueva York, Basic Books, 1975, pp. 3-30.
[12] Robert Frank, "Images et imaginaire dans les relations internationales depuis 1938: problèmes et méthodes", en Robert Frank (ed.), *Images et imaginaire dans les relations internationales depuis 1938*, París, CNRS, 1994, p. 6.